

con el retrato del Santo, no ideal, sino el verdadero, copiado del que publicaron los Bolandos.

„Debo decir también, por gratitud, que él fué quien principalmente me comprometió á escribir las *Lecciones de disciplina eclesiástica sobre el Concilio de Trento*, para uso de los Seminarios, y se ofreció á costear la impresión. Aun cuando yo no me creí en el caso de aceptar aquel favor, eso no le quita el mérito de haberlo ofrecido, y á mí el deber de agradecersele.„

Otros escribieron también, á instancias del santo Prelado, sobre asignaturas acerca de las cuales él no había podido hacerlo. Tal fué, entre otros, el Sr. Muñoz de Luna, Catedrático de la Universidad Central, quien, á instancias del Siervo de Dios, escribió un *Prontuario de Química general* para uso de los Seminarios.

En fin, y como conclusión de este capítulo, puede asegurarse, sin temor de errar, que no ha habido en este siglo persona alguna que haya hecho tanta propaganda católica por medio de la prensa como el P. Claret y que apenas se le hallará rival en este sentido en los siglos precedentes. Y, no obstante, quien le viera predicar y confesar á todas horas diría que aquella era su única ocupación y no sabría concebir cómo podía hallar materialmente tiempo para escribir tantas obras, sobre tan diversas materias y con tan copiosa y sólida erudición. Por esto, sin duda, muchas personas sabias y de virtud, como el Rmo. P. Orge, Superior General que fué de los Dominicos, atribuían esta actividad extraordinaria á una intervención sobrenatural, pues sin ella no sabían explicarse tal fenómeno.



## CAPÍTULO XI

### RETRATO FÍSICO Y MORAL DEL P. CLARET

1. Retrato físico: dotes naturales. — 2. Retrato moral: su humildad. — Varios ejemplos de ella. — 3. Medios de que se valió para llegar á la perfección: oración: examen particular. — Obras ordinarias. — 4. Cómo celebraba la santa Misa. — Isabel II le ve rodeado de resplandores. — Su devoción á Jesús Sacramentado. — Gracia extraordinaria de conservarse incorruptas en su pecho las especies sacramentales de una comunión á otra. — 5. Devoción á los ángeles y á varios Santos. — 6. Propósitos de los ejercicios espirituales de 1857. — Aviso que le dió la Virgen en este año. — 7. Ejercicios de 1858: propósitos. — Cuatro avisos que recibió del cielo, y otras gracias espirituales. — 8. Ejercicios de 1859: propósitos. — Luces celestiales. — Locuciones y visiones. — 9. Ejercicios de 1860: propósitos. — Jesucristo le aprueba un libro. — Un consuelo extraordinario. — 10. Ejercicios de 1861: propósitos. — Favores singulares. — 11. Ejercicios de 1862: propósitos. — Repugnancia que sentía á estar en la corte. — 12. Ejercicios de 1863 y 1864: propósitos. — Cuenta que daba á su director espiritual. — 13. Ejercicios de 1865 y 1866: propósitos. — Jesucristo le asegura de su salvación. — 14. Ejercicios de 1867: propósitos. — Ve á Satanás despechado por haberse frustrado una artimaña. — Ejercicios de 1868: propósitos. — Visión de una luz extraordinaria. — 15. Cómo aprovechaba el tiempo. — Su penitencia, paciencia é igualdad de ánimo. — 16. Cómo practicó las virtudes cardinales. — 17. Su ardiente amor á Dios.

1. Antes de pasar adelante en la narración de los hechos del Siervo de Dios, posteriores al reconocimiento del *Reino de Italia*, conviene presentar á los ojos del lector su retrato físico y moral en este tiempo para que le siga con más interés en lo que de su vida nos queda por referir. Tenía el P. Claret, cuando llegó á la corte, como unos cincuenta años; era de mediana estatura, antes baja que alta, algo corpulento; de cara un poco larga, aunque había sido redonda en su juventud, mas no tenía señales claras de hombre penitente, por más que fuera tan parco en las comidas y tan mortificado en el descanso. Tenía el pelo de la cabeza y de la barba negro y espeso; la frente alta, despejada y sin arrugas; el color de la tez entre blanco y moreno ó algo pálido; los ojos vivos y expresivos; las facciones del rostro ordinarias y afeadas algún tan-

to, aunque con cierta gracia, por las cicatrices que le quedaron de las heridas recibidas en Holguín. No obstante la santidad de su vida, con su carácter alegre y modesto y su trato amable, daba á su fisonomía marcado interés y cierta hermosura celestial á su semblante, pues á pesar de que de suyo nada tenía de hermoso, las muchedumbres veían en él un no sé qué, que no se hartaban de mirarle. Era de temperamento bilioso, de genio muy fuerte y propenso á la ira; pero de tal manera se dominó que se hacía notar por su mansedumbre hasta parecer á algunos de natural muy blando y suave. Aunque tenía de suyo una naturaleza sana y robusta, las muchas y continuadas mortificaciones y trabajos se la estragaron y debilitaron en extremo, y en los últimos años de su vida experimentó una mudanza muy notable.

Aunque muy amante de la pobreza, era en su persona y en todas sus cosas muy limpio y aseado; no salía de casa sin pasar el cepillo por la ropa y el sombrero. Sus vestidos, aunque pobres, estaban siempre tan limpios, que no se echaba de ver en ellos la más ligera mancha; no toleraba el polvo en las mesas, sillas y demás muebles, y todo lo tenía tan limpio y ordenado, que daba gusto verlo. Siempre se distinguió por la puntualidad que guardaba en todos sus actos; si decía que saldría de casa á las diez, el que debía acompañarle había de prepararse algunos minutos antes y detenerse luego á la entrada de la casa, pues al dar el reloj las diez pasaba él infaliblemente la puerta.

Ya en su juventud su presencia infundía veneración y confianza, y contenía á los más discolos; pero estas cualidades fueron admirablemente realzadas con el carácter sacerdotal y episcopal. Unido esto á una inteligencia clara y penetrativa enriquecida con muchos, profundos y variados conocimientos en todos los ramos del humano saber, á su trato sencillez, dulce y afable, á su rara humildad, celo incansable y extraordinario fervor, con el contraste de una persecución encarnizada sufrida con admirable mansedumbre, hizo del Siervo de Dios una figura hermosísima, agraciada con todas las aureolas de los hombres grandes y de los verdaderos santos.

2. Bajando un poco más en particular á considerar sus virtudes, que son el verdadero retrato moral del alma, comenzaré por la humildad, de la que dió siempre pruebas inequí-

vocas. Meditando sobre las palabras del salmo LXXII, que dicen *ut jumentum factus sum apud te*, se las aplicaba á sí mismo, teniéndose como una bestia de carga delante del Señor, y añadía con gracia singular: "Es menester, pues, darle al jumento poca comida, palo y mucho trabajo,, lo cual cumplió á maravilla. Entre otros ejercicios bajos y humildes que en Madrid practicó, tomó á su cargo el despertar á sus familiares por la mañana, arreglaba él mismo la cama, servía muchas veces á la mesa, besaba los pies á los sacerdotes que hacían con él los ejercicios, visitaba los hospitales y las cárceles y hacía otras cosas semejantes (1).

Ya en Cuba, su humildad le había hecho triunfar de los sacerdotes más rebeldes, á quienes mandaba hacer ejercicios espirituales en su Palacio. Cuando esto acaecía, él mismo acompañaba al ejercitante, haciendo con él los ejercicios, lo sentaba á su mesa, le servía y agasajaba con tanto amor y humildad, que le ganaba por completo el corazón y transformaba en sacerdote ejemplarísimo al que antes tenía escandalizados á los fieles (2).

Cuando en el año 1865 estuvo en nuestra Casa-misión de Vich de paso para Roma, notó el Rdo. P. Vallier que si al principiar un recreo ó conferencia en que estaban sentados no estaban con ellos el Superior general ó el local, y llegaban después de comenzado el acto de Comunidad, el Siervo de Dios, á pesar de su habitual modestia y de su dignidad, era el primero en verlos y en ponerse de pie por deferencia, sirviendo á todos de ejemplo.

Otra vez, hallándose el P. Claret en La Granja acompañando á la Reina, fué, como solía, á la Casa-misión de Segovia á consolarse entre sus hijos y á dar ejercicios á la Comunidad; y como el P. Gavin estaba postrado en cama con unas intermitentes recidivas, entraba el venerable Arzobispo todos los días á visitarle, y al penetrar en la celda se descubría respetuosamente, y con un acento que llenaba de unción y gozo inexplicable el corazón del enfermo, decía: *Ave María purísima*. Luego se sentaba á la cabecera del paciente, y después de saludarle con paternal cordialidad le consolaba y recreaba

(1) Declaración de D. Carmelo Sala.

(2) Declaración de la Excma. Sra. Marquesa del Bueno.

con sus dulces palabras y graciosos dichos. Un día, confundido el P. Gavín con tan profunda humildad y condescendencia, le suplicó que se cubriese; pero el Siervo de Dios, conservando el bonete en ambas manos delante del pecho, le replicó con gracia y ademán infantil: «¡Ay! no; me representa usted á Jesucristo por dos motivos: primero, porque es usted sacerdote; segundo, porque está Ud. enfermo. ¿Cómo, pues, me he de cubrir delante de Ud.? Ahora, si Ud. me lo manda...» Esta salida tan humilde, tierna y respetuosa, hizo derramar abundantes lágrimas al P. Gavín, quien se confundía con lo que estaba viendo. «Otro día, — dice el mismo P. Gavín, — me halló febricitante, y quiso quitarme una manta y arreglar un poco la cama. Le rogué que no se molestase, que no tardaría en llegar el Hermano enfermero... «¡Cómo! — me repuso, — ¿quiere Ud. privarme de tan dulce satisfacción? Entienda usted que el Señor me regala tanto al asistir á los enfermos en los hospitales, que he renunciado á veces prestarles mi pobre servicio porque el Señor no derrame en mi alma tanta dulcedumbre...» Todos los días me encargaba que le encomendase á Dios, porque oye benigno la oración del que sufre y del enfermo. Y añadía que pidiera para S. E. la gracia del martirio. Á esto no podía avenirme y se lo dije: «Pediré lo contrario: que el Señor le conceda el vivir mucho entre nosotros (1).»

Acompañaba una vez D. Dionisio González al Siervo de Dios en ocasión en que el Cardenal Fray Cirilo de Alameda reprendía á éste con severidad por un hecho del que era del todo inocente. Media hora había durado ya la increpación, cuando D. Dionisio, no pudiendo aguantar más, se levantó, acercóse al oído del Cardenal, que era muy sordo, y le dijo: «Eminentísimo señor, sobre el Cardenal de Toledo está Dios,»; con las cuales palabras este Prelado volvió en sí y cesó en la reprensión. Durante todo este tiempo el P. Claret estuvo con los brazos cruzados y los ojos modestos, sin decir otras palabras que éstas: *Bendito sea Dios.*

Salía una noche á despedir al Sr. Marqués del Arco alumbrándole, y como dicho señor insistiese en tomar el candelabro de las manos del Prelado, replicóle éste con dulce acento:

(1) Carta del 21 de Agosto de 1880.

«He venido á servir y no á ser servido.» Otro día el mismo Sr. Marqués fué á verle á las siete de la mañana, porque á las ocho debía partir para El Escorial; llamó, y á los pocos instantes vió delante al Sr. Arzobispo que había salido á abrirle la puerta. El Siervo de Dios, para quitarle la extrañeza y admiración, sólo dijo con mucha sencillez estas palabras: «Ha salido el Hermano y estoy solo en casa (1).» ¡Con tanta pobreza y humildad vivía!

3. Puesta la humildad como fundamento de la perfección, se aplicó á levantar el espiritual edificio de ella por los medios que los autores de ascética señalan. En los deseos de adquirirla fué ferventísimo; en la elección de director espiritual, muy acertado; en la lectura espiritual, atento y reflexivo; en la meditación, asiduo y constante; aconsejaba á los Padres de nuestra Congregación que, aunque se hallasen muy ocupados, hiciesen cada día oración, á lo menos por espacio de una hora, y que si las ocupaciones fuesen tantas que no pudiesen permanecer tanto tiempo en ella, hicieran lo que les fuera posible y suplieran lo restante en alguna otra hora del día ó de la noche, para persuadir lo cual traía el ejemplo del hombre que no puede llevar la capa de una pieza y la hace de varias, que también le sirve de abrigo.

En la oración encomendaba á Dios todas las necesidades de la Iglesia, rogaba por la conversión de los herejes, infieles y pecadores, por la perseverancia de los justos y por el alivio de las benditas almas del purgatorio. Uno de sus confesores, el ilustre D. Felipe Rovira, asegura que á veces las almas del purgatorio, estando el Siervo de Dios durmiendo, le despertaban para que rogase por ellas.

Aunque su ejercicio ordinario era el de la oración mental y de jaculatorias, que como dardos encendidos brotaban con frecuencia de su abrasado corazón, no descuidó la oración vocal, pues además de rezar diariamente las tres partes del santísimo Rosario; rezaba cada día el Trisagio á la Santísima Trinidad, el *Via Crucis* breve, los siete Padrenuestros y Avemarías á Nuestra Señora del Carmen, otros tantos á los Dolores de la Virgen, la decena del Rosario viviente y la Coronilla á

(1) Carta del Excmo. Sr. Marques del Arco y Conde de Isla, 14 de Septiembre de 1881.

Nuestra Señora, formada de las jaculatorias *Dignare me laudare te, Virgo sacrata*, etc. “La oración vocal,—decía el señor Arzobispo á su director en 1862,—á Dios gracias, quizá me va mejor á mí que la pura mental; en cada palabra del Padre nuestro, Avemaría y Gloria Patri veo un abismo de bondad y misericordia infinita. En estas oraciones Dios Nuestro Señor me concede la gracia de estar muy atento y fervoroso. También por su bondad y misericordia me concede muchas gracias en la oración mental, pero lo conozco más en la vocal (1).”

Nunca dejó de hacer desde su primera juventud, por graves que fueran sus ocupaciones, el examen particular de conciencia, y con tal empeño y ahinco que salió muy aventajado en las tres cosas que por él se propuso alcanzar en los diferentes periodos de su vida. Á los principios, cuando eran sus habilidades muy celebradas y muy elogiado por el fruto maravilloso que en las Misiones hacía, trájolo sobre la humildad, en la cual llegó á un grado tan heroico que ni le engreían las alabanzas, ni le abatían los desprecios; antes experimentaba en éstos tanta alegría, que no parece se le podía hacer mayor beneficio que calumniarle y despreciarle. Más tarde, cuando los escándalos que vió en Cuba en la santa visita pastoral le provocaban á indignación, para dominar su genio vivísimo mudó la materia del examen particular haciéndolo sobre la mansedumbre, en la cual, como saben cuantos le trataron, llegó á ser un dechado perfectísimo. Por último, cuando ya las ansias del divino amor se habían apoderado de tal suerte de su alma que á pesar de la comunicación casi continua que tenía con el Señor y de la rectitud de intención con que hacía todas las cosas, nunca estaba satisfecho de sí, porque cada vez conocía más hondamente la amabilidad infinita del Señor y deseaba amarle con todas sus fuerzas, reconcentró el examen particular en el divino amor, cuidando de hacer por amor y en amor todas las obras ordinarias y esmerarse para hacerlas con toda la perfección posible. El mismo Señor fué quien le levantó á este soberano ejercicio, porque dirigiéndose él una vez á Dios con aquella jaculatoria que tan familiar le era, *Domine, quid me vis facere?* “Señor, ¿qué queréis que haga?”, oyó claramente la respuesta del Señor, que le dijo: *Imple hydrias*

(1) Notas reservadas del P. Claret en 1862.

*aqua* (1): “Llena las hidrias de agua,”; con las cuales palabras entendió el P. Claret que el Señor quería decirle que llenase las horas del día con el agua de las obras ordinarias bien hechas y realzadas con el espíritu de amor.

4. Cada ocho días, á más tardar, confesaba sus faltas, lo cual hacía siempre con una fe, piedad y compunción que dejaba al confesor maravillado. En el santo sacrificio de la Misa parecía un serafín. Varias personas viéronle en este acto rodeado de maravillosos resplandores, entre las cuales merece citarse S. M. Isabel II, la cual lo declaró en el Proceso de su puño y letra con estas palabras: “En cuanto á su santidad, puedo decir que un día le he visto diciendo la santa Misa lleno de resplandores. El presbítero D. Francisco de Paula Rodríguez, hablando del modo cómo el Siervo de Dios celebraba la santa Misa, escribía también: “Residió en esta ciudad de Málaga durante la permanencia de la Reina, dándonos ejemplos de piedad y extraordinario fervor en todos sus actos religiosos, pero muy especialmente en la celebración del santo sacrificio de la Misa, en cuyo sagrado acto no era muy largo ni muy corto, viéndosele encendido el rostro en amor de Dios, y con tan gran fervor y devoción, que á todos los presentes nos conmovía y edificaba. Su preparación para celebrar la santa Misa era siempre una hora antes de comenzarla, durante cuyo tiempo permanecía de rodillas y sin almohadón, pues lo separaba de sí antes de postrarse (2).” Tan absorto estaba en el santo Sacrificio, que no se daba cuenta de lo que pasaba á su alrededor, y parecía hasta insensible á los mayores dolores. Sirviéndole á Misa uno de los sacerdotes de nuestra Congregación, dejó inclinar sin advertirlo la vela de la palmatoria, de modo que, por largo rato, gota á gota cayó la cera ardiente sobre la mano izquierda del Siervo de Dios, quien no retiró la mano hasta que, por exigirlo la rúbrica, debió juntarla con la derecha ante el pecho. Esto lo vió el P. Vallier, pero cuando ya no podía remediarlo (3).

Su amor á Jesús Sacramentado no tenía límites; no sólo se dirigía á él, siempre que el reloj daba la hora, por medio de la comunión espiritual, sino con mucha mayor frecuencia, y

(1) Joann., II, 7.—Hidria es una especie de cántaro ó tinaja.

(2) Oficio al Sr. Obispo de Málaga, 28 de Noviembre de 1882.

(3) Relación del 28 de Noviembre de 1882.

aprovechaba además todas las ocasiones que se le ofrecían para visitarle en el sagrado Tabernáculo. "Delante del Santísimo Sacramento,—decía una vez á su director espiritual,—siento una fe tan viva que no lo puedo explicar. Casi se me hace sensible y estoy besando de continuo las llagas de Jesús, quedando, finalmente, abrazado con Él... Al llegar la hora de separarme de su divina presencia, siempre tengo que hacerme fuerza resistiendo á la inclinación de quedarme allí más tiempo (1)."

Esta irresistible atracción que sentía hacia el centro del misterio de los divinos amores le hizo crecer tanto en el divino amor, que el buen Jesús, para recompensarle, entre otros favores extraordinarios que le concedió, fué uno el de conservar las especies sacramentales de una comunión á otra, de manera que su pecho era un tabernáculo viviente. Este favor tan singular, que no se lee de ningún otro Santo, lo recibió del Señor el año 1861, y en el siguiente el mismo Jesucristo y la Santísima Virgen le confirmaron en la certidumbre de la gracia que se le había concedido el año anterior. Antes de pasar adelante conviene dejar bien probada esta gracia singularísima concedida al Siervo de Dios, pues este don preciosísimo es origen de muchos otros dones, porque es bien sabido que mientras se conservan las especies sacramentales después de la comunión es cuando el alma se apropia la abundancia de las divinas larguezas y se recibe la gracia sacramental de la Eucaristía. He aquí primeramente cómo refiere el mismo Siervo de Dios esta gracia especialísima en una de las notas reservadas con que solía apuntar los favores que recibía del cielo, escrita el 15 de Mayo de 1862: "En el día 26 de Agosto,—dice,—hallándome en oración en la iglesia del Rosario en La Granja, á las siete de la tarde, el Señor me concedió la conservación de las especies sacramentales de una comunión á otra, y, por consiguiente, he de tener siempre día y noche el Santísimo Sacramento en mi pecho: por lo mismo debo estar siempre interiormente recogido y devoto." Como después de haber escrito estas palabras dudase si las borraría ó no, Nuestro Señor y la Virgen Santísima le sacaron de aquella ansiedad con otra gracia, que explica el Sr. Arzobispo en estas cortas

(1) Notas reservadas del Sr. Claret.

líneas: "En el día 16 de Mayo de 1862, á las cuatro y cuarto de la mañana, estando en oración, me ocurrió lo que en el día anterior había copiado aquí respecto de la gracia que sobre el Santísimo Sacramento el Señor me concedió el día 26 de Agosto del año pasado de 1861. Pensaba yo ayer y hoy también que debería borrarlo; pero la santísima Virgen me ha dicho que no lo borrarse; y después, en la Misa, Jesucristo me ha declarado que me había concedido esta gracia de permanecer sacramentalmente en mi interior."

El muy ilustre D. Carmelo Sala, que estuvo aquellos años á su lado y fué también su confesor, declaró lo mismo en tres de sus preciosos documentos. Primeramente, en una carta de 18 de Diciembre de 1879, en donde, hablando de la referida gracia, dice: "Es lo cierto que el Sr. Claret me dijo: "La santísima Virgen me ha alcanzado de su divino Hijo la gracia de que se conserven en mi pecho las especies sacramentales de una comunión á otra." En un oficio dirigido al excelentísimo Sr. Arzobispo de Tarragona, con fecha 28 de Abril de 1880, se expresaba en estos términos: "Entre otras gracias vió (el Padre Claret) algunas veces á María Santísima, recibiendo por su mediación dones preciosísimos, como el de una castidad libre de los penosos estímulos de la carne, y el muy singular de que se conservasen en su pecho las especies sacramentales de una comunión á otra, según me dijo uno de los últimos años que estuve á su lado."

Por último, en el Proceso informativo instruido en Vich para la beatificación del Siervo de Dios, declaró de esta manera: "En lo que se refiere á la conservación de las especies sacramentales, puedo decir lo siguiente: hacíase leer el Siervo de Dios durante la comida algún libro espiritual: leíase por entonces la vida de Nuestra Señora por la Venerable Agreda, y el día en que se leyó el capítulo en que se refiere que la Santísima Virgen conservaba en su virginal pecho incorruptibles las especies sacramentales ó eucarísticas de una comunión á otra, gozando así continuamente la presencia de su divino Hijo sacramentado, concluida la comida y acompañándole á su cuarto, me dijo el Siervo de Dios que la Santísima Virgen le había alcanzado una gracia igual. No tuve la menor duda de que así fuera, conociendo, como conocía, la limpieza de alma del Siervo de Dios, sus heroicas virtudes, su

fervorosisima devoción á la sagrada Eucaristía, la sinceridad y rectitud de su espíritu, ajeno á toda ilusión y fingimiento. Ello es cierto que la presencia del Siervo de Dios, á pesar de la sencillez de su trato, de la cordialidad y confianza que me mostraba siempre, producía en mí un sentimiento de veneración, respeto y recogimiento que no me inspiraron jamás ninguno de los altos dignatarios de la Iglesia con quienes tuve que tratar (1).»

Como consecuencia de don tan precioso resolvió el Padre Claret andar muy recogido y devoto, y además, como en correspondencia de tan gran favor, decía: «He de orar y hacer frente á todos los males de España, como así me lo ha dicho el Señor. Al efecto, me ha traído á la memoria una porción de cosas, como la de que, sin mérito propio, sin talento, sin empeño de personas, de lo más bajo de la plebe me ha subido á lo más alto, al lado de los Reyes de la tierra, y *ahora al lado del mismo Rey del cielo... Glorificate et portate Deum in corpore vestro* (2).»

Con este mismo fervor hizo al Señor otro ofrecimiento en 1862, que Aquél se dignó aceptar. «En el 11 de Mayo de aquel año, — dice él mismo en una nota, — hallándome yo en una capilla del Palacio de Aranjuez, á las seis y media de la tarde, en la reserva del Santísimo Sacramento, me ofrecí á Jesús y á María para predicar, exhortar y pasar trabajos y aun sufrir la misma muerte... El Señor se dignó aceptar mi ofrecimiento.» Su devoción á Jesús sacramentado fué tan singular, que la mayor parte de las gracias extraordinarias que recibió le fueron concedidas estando en fervorosa oración delante del Santísimo Sacramento.

5. Era asimismo muy devoto de los santos Angeles, y singularmente del Arcángel San Miguel, que en muchas ocasiones le defendió visiblemente de sus enemigos, y una vez, según dijo confidencialmente el Siervo de Dios á la Superiora General de las Carmelitas Terciarias, se le apareció este glorioso Arcángel y le reveló las almas que se salvaban y las que se perdían (3). Por Patronos había escogido al glorioso San

(1) Declaración del muy ilustre D. Carmelo Sala. Ad art. 121.

(2) Notas reservadas del Sr. Claret.

(3) Carta de la Madre Paula del Puig de San Luis, Superiora General de las Carmelitas Terciarias, 15 de Noviembre de 1879.

José, al Santo de su nombre San Antonio de Padua, á los santos Apóstoles y á otros santos que más se señalaron en el sagrado ministerio ó en el cargo episcopal, como San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales, San Alfonso María de Liguorio y otros varios. Como Patronas tomó, á más de la Santísima Virgen, que era singularísima entre todas, y á la que, como se explicó en otra parte, profesaba entrañable devoción, á las Santas que manifestaron un celo extraordinario por la salvación de las almas, como Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Sena y Santa María Magdalena de Pazzis.

Entre los medios de santificación son notables el retiro espiritual de cada mes y los ejercicios espirituales de cada año. El primero lo hacía por lo regular el P. Claret el día 25; porque lo tenía por un día señalado por ser aquel en que se obraron los inefables misterios de la Encarnación, Nacimiento y Pasión de Jesucristo; por la cual causa fijó también este mismo día para el retiro mensual que prescribió en nuestras Constituciones. En este día observaba en su casa un riguroso silencio y se ocupaba más en particular en el negocio de su alma. No fué menos constante en hacer anualmente los ejercicios espirituales, como lo prueban los propósitos que en ellos escribió para tenerlos á la vista y que por fortuna se conservan.

6. Limitándome á este último período de su vida que estoy describiendo, para comprender el fervor de aquel espíritu magnánimo, que aspiraba siempre á lo más perfecto, bueno será dar á conocer los propósitos que hizo durante ese tiempo y alguna de las gracias extraordinarias con que el Señor le favoreció. Los escritos en Julio de 1857 parecen un programa de lo que se propuso hacer en la corte para su propia santificación y la de sus hermanos, tanto eclesiásticos como seglares. «Tendré, — dice, — una capilla fabricada en medio de mi corazón, y en ella día y noche adoraré á Dios con un culto espiritual. Pediré continuamente para mí y para los demás. Mi alma, como la de María Magdalena, estará á los pies de Jesús escuchando sus voces é inspiraciones, y mi carne, ó sea el cuerpo, como Marta, andará con humildad y solicitud obrando todo lo que conozca ser de la mayor gloria de Dios y bien de sus prójimos. *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*. Para todo lo que mira á mi persona, comida, cama y vestido seré como avaro y mezquino; pero seré gene-

roso con los amigos y compañeros y pródigo con los pobres y necesitados. Visitaré con mucha frecuencia los hospitales, cárceles, casas y establecimientos de beneficencia, y les procuraré los socorros espirituales y corporales que pueda. Procuraré también el bien posible á los eclesiásticos por medio de las conferencias literarias y espirituales, dándoles libros, etc. Me ejercitaré en estas jaculatorias: ¡Ay, Jesús mío! Así como el agua se junta al vino en el santo sacrificio de la Misa, así deseo yo juntarme con Vos y ofrecerme en sacrificio á la Santísima Trinidad. ¡Ay, Jesús mío! ¿Mas qué queréis que haga por vuestro amor? No deseo otra cosa que conocer vuestra santa voluntad para cumplirla, cueste lo que costare. Yo os amo, Dios mío; por amor vuestro renuncio todo gusto, placer y regalo en este mundo. Lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo.», Con estos y otros afectos concluye los propósitos, que llevan la fecha del 10 de Julio de 1857.

En notas separadas de aquel mismo año se leen también estos otros de mucha perfección: «Propongo hacer bien, y del modo que mejor me pareciere, las obras ordinarias, y en concurrencia de dos cosas escogeré siempre la mejor ó más perfecta, aunque sea con algún sacrificio de la propia voluntad; singularmente escogeré lo más pobre, lo más abyecto y lo más doloroso. Propongo conservarme siempre en un mismo humor y equilibrio, sin dejarme dominar jamás de la ira, impaciencia, tristeza ó alegría demasiada, acordándome siempre de Jesús, de María y de José, que también tuvieron sus penas y más grandes que las mías. Pensaré que Dios así lo ha dispuesto, y esto para bien mío, y por lo mismo no me quejaré, sino que diré: hágase la voluntad de Dios, acordándome de lo que dice San Agustín: *Aut facies quod Deus vult, aut patieris quod tu non vis*. «Ó harás lo que Dios quiere, ó padecerás lo que no quieres.», También me acordaré de lo que encargó Dios á Santa Magdalena de Pazzis, á saber: que siempre se mantuviese en el mismo humor inalterable, que procurase tener mucha afabilidad con toda suerte de personas y que jamás se le escapase una palabra de lisonja. De San Martín se lee que jamás se le vió enfadado ni triste, ni que riese, sino que siempre se le vió igual, con una celestial alegría; era tan grande

su paciencia que, no obstante de ser Prelado, si los clérigos inferiores le ofendían, podían estar seguros de que no los castigaría.»

El día 8 de Octubre de este mismo año, á eso del mediodía, según parece, tuvo el indecible consuelo de oír la dulce voz de la Santísima Virgen María, que le dijo lo que había de hacer para ser bueno y conseguir la santidad. «Ya lo ves, Antonio, arrepentirte de las faltas de la vida pasada y tener vigilancia en lo venidero. ¿Oyes, Antonio?—le repitió.—Vigilancia en lo venidero; sí, sí, yo te lo digo.» El día siguiente, á las cuatro de la madrugada, le habló otra vez la Virgen María, recomendándole que propagase la devoción del santísimo Rosario, siendo como el Domingo de Guzmán de estos tiempos (1).

7. Renovó en los ejercicios de 1858 los propósitos de los años anteriores, pero particularmente insistió en algunos que sin duda creía eran para él de mayor necesidad. «Pondré más cuidado, — dice, — en uno de mis propósitos, que es el de no hablar de mis sermones después de haber predicado, ni desear que me hablen; y si lo hicieren, cortaré la conversación. La materia de que con más frecuencia he de tratar en el púlpito es de los bienes del cielo, por las razones que Dios me ha dado á conocer. *Las noches las pasaré en oración.*» En esta última frase, con tan pocas y sencillas palabras expresada, hallamos la clave para explicar lo que declararon tantísimos testigos, ya en el tiempo de sus Misiones apostólicas en Cataluña y Canarias, ya cuando acompañaba á la Reina en los viajes de verano, pues los señores de las casas en donde se hospedaba quedaban siempre admirados de ver la cama que le habían dispuesto sin señal alguna de haberse acostado en ella, lo cual notaron, sin saber unos de otros de muchas y muy distantes regiones de España. Tras ese breve propósito, que cuanto tiene menos palabras otro tanto tiene de substancioso, difícil y perfecto, siguen otros tres, expresados con no menos concisión, y que abarcan un grado de unión con Dios muy subido. «La mortificación, — dice, — será continua y en todo; la presencia de Dios perpetua, la oración humilde y fervorosa.» El modelo que en este tiempo se propuso imitar fué Jesucristo en

(1) Notas reservadas del Sr. Claret.